

FRANCISCO VILLAESPEA

IN MEMORIAM

(ELEGÍAS)



MADRID, 1910
IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA“
CALLE DE LEGANITOS NÚMERO 54

FRANCISCO VILBAESPESA

IM MEMORIAM

(ELEGÍAS)



MADRID, 1910
IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA”
CALLE DE LEGANITOS NÚMERO 54



HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
Almería

A Profuse Comienzo,
fraternamente,
Villegas

S.C. Mendizabal 28-29,

IM MEMORIAM

OBRAS DE F. VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades (tercera edición).....	3	pesetas.
Luchas (ídem íd.).....	3	»
Flores de almendro (ídem íd.).....	2	»
Confidencias (segunda edición).....	3	»
La copa del Rey de Thule (tercera edición)....	3	»
El alto de los bohemios.....	2	»
Rapsodias.....	2	»
Las Canciones del camino.....	2	»
Tristitia Rerum.....	3	»
Carmen.....	2	»
El patio de los Arrayanes.....	3	»
Viaje sentimental (segunda edición).....	3	»
El Mirador de Lindaraxa.....	3	»
El libro de Job.....	3	»
Las horas que pasan.....	3	»
El Jardín de las Quimeras.....	3	»
La torre de marfil.....	3	»
Bajo la lluvia.....	3	»
El Balcón de Verona.....	3	»
Saudades.....	3	»
Rapsodias andaluzas.....	3	»
Im Memoriam.....	3	»

PROSA

Zarza florida (novela griega).....	2,50	»
La torre de la Cautiva (novela árabe).....	4	»
El libro de los Elogios.....	3	»

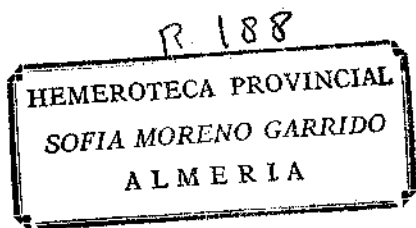
En preparación.

- Visiones trágicas (poesías).
- El Alcázar de las perlas (tragedia árabe).
- Nocturnos (poesías).
- El libro de los Milagros (prosas).
- El Suspiro del moro (tragedia árabe).

FRANCISCO VILLAESPEA

IM MEMORIAM

(ELEGÍAS)



MADRID, 1910
IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA”
CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 54

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

Á los ilustres escritores José Francos Rodríguez, Manuel Bueno, Carlos Arturo Torres, á todos los que sintieron el dolor de las supremas separaciones, dedico fraternalmente estos versos ingenuos á fuerza de ser sinceros.

Villavespa.

A MI HIJA ELISA

En el nombre de aquella que apenas conociste
y desde cuya muerte desesperado vivo
eternamente solo y eternamente triste,
para tus ojos estos versos, llorando, escribo...

¿En qué brazos amantes, en qué afecto sincero
podrás hallar refugio cuando el dolor te hiera?
Alegra nuestras horas un amor verdadero,
y ese, con Ella, bajo la tierra gris te espera...

Huérfana!... Esa palabra dolorosa que encierra
todas las infinitas tristezas de la Tierra,
frase que no se puede decir si no llorando,

entristece tu infancia con su crespón obscuro...
Para tí es este libro que improvisé pensando
en mi dolor presente y en tu dolor futuro!

ANIVERSARIO

I

—Aún no hace un año que cayó la tierra,
la tierra del olvido, gris y fría,
sobre el negro sepulcro que me encierra;

aún no hace un año del eterno día
en que á mi cuerpo rígido, abrazado,
enjugaste el sudor de mi agonía,

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...
¡Aún no brotó una flor sobre mi fosa,
y ya á tu pobre Elisa has olvidado!

¿No recuerdas el pálido semblante
que levantó tu mano temblorosa
para besarme en el postrer instante?

¿Ni los labios que tanto te besaron
y que al plegarse para siempre, ansiosos,
en un débil suspiro te llamaron?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente
que á tus besos cerráronse, vidriosos,
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,
la que bajo la negra sepultura
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,
desde su eterna obscuridad murmura
con un hilo de voz, que apaga el viento:

—Señor, haced de mí lo que queráis,
mas tened compasión de esta criatura
que sola á su destino abandonáis!

II

Ya perdí la esperanza, y aún te espero!
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí, por tu orfandad sentía,
que si mi corazón agonizaba
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa,
más que este pertinaz misterio helado
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...
Verte andar, como un niño, extraviado
por el gran laberinto de la Vida!

¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,
ni pupilas que velen tu destino
y que lloren al par cuando tú llores!

Ya no habrá nadie que por tí sucumba...
¡Será la soledad de tu camino
más triste que el silencio de mi tumba!

III

Una huérfana sólo en ti confía...
Vive por ella, como yo, en tu caso,
aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de su senda los abrojos,
disipa las tinieblas á su paso,
y haz que recuerde á Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,
á aquella pobre mártir infelice
que ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada
desde su lecho secular, bendice
su débil cabecita inmaculada...

¡Oh, Madre de Jesús, Virgen María,
oid de una madre muerta los clamores,
mudas plegarias que hasta el Cielo envía!...

Si un destino fatal á mi hija inmola,
sus llantos, su tristeza y sus dolores
los quiero para mí, para mí sola!

IV

No marchas solo. Sin cesar te sigo,
y á donde vayas, en tu ruta incierta
verás mi sombra caminar contigo.

Contigo sufriré la suerte esquivá,
y la que para todos está muerta
para ti eternamente estará viva.

Y al verte vacilar triste y cansado,
murmuraré á tu oído: —Aguarda... Espera...
La hora de la partida no ha sonado!

Y por tus sueños pasaré ligera,
derramando en tu espíritu agostado
las flores de mi eterna Primavera.

Y en la hora final de la partida,
cuando descieras á la tumba á verme,
igual que en las tristezas de la vida,
besándote en los ojos, diré:—¡Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,
al arrullo inmortal de mi cariño,
te dormiré, cantando, sobre el pecho,
como una madre que adormece á un niño.—

EL POETA RECUERDA

I

Bajo la tarde lluviosa,
tras el húmedo cristal,
miré tu silueta rosa
curvada sobre un rosal.

Entre el arco de una rama
me miraste y te miré,
y cual siempre que se ama,
te amé, sin saber por qué.

La lluvia lenta caía...
Te oí toser, y sentía
tu tos en mi corazón,

como el golpe de una azada
sobre la tierra mojada
de algún viejo panteón.

II

Bajo el cabello castaño
la palidez del semblante
te daba un encanto extraño,
muy dulce y muy lacinante.

En tu silueta ligera
temblaban ansias aladas,
como una ave que tuviera
las alas recién cortadas...

Belleza de golondrina,
de flor que su tallo inclina
para dejar de existir...

Belleza que más queremos
á medida que sabemos
que está próxima á morir!

III

¡Oh, tu mirada, que era
acariciante y sumisa,
frágil cual tu cabellera
y astral como tu sonrisa!

¡Oh, tu tímida mirada,
que parecía con pena
suplicar:—No me hagais nada...
¡Ved que soy débil y buena!—

Tu mirada que tenía
la inmensa melancolía
de una estrella de diamante

en algún pozo encantada...
¡Oh, tu mirada!... Mirada
sumisa y acariciante...

IV

Tu mano frágil y leve
era tan blanca que apenas
bajo la piel—seda y nieve—
azuleaban las venas.

Un ruiseñor, la Poesía,
que es mi único tesoro,
hasta tu mano venía
á picar granos de oro.

Manos, en vuestra blancura,
quién se durmiera soñando!...
Dedos, dedos de azucenas...

¡cómo temblé de ternura
al sentirlos alisando
mis románticas melenas!

V

Te recuerda mi mirada,
con tus ramos de azahar,
de mi mano arrodillada
al pie del florido altar.

Surcaba la nave un vuelo
de incensarios... De alegría
tu rostro palidecía
bajo la albura del velo.

Ya de ti no resta nada...
Bajo la tierra mojada
todo se fué á sepultar.

Sólo conservo devoto
tu blanco velo, ya roto,
y tu ramo de azahar.

VI

Entre el sopor de beleño
mís penas vienes á ver,
tan frágil como un ensueño
hecho carne de mujer.

En mis éxtasis lejanos
me daba miedo tocarte,
porque al roce de mis manos
no fueras á disiparte.

Contigo viví soñando,
y al despertar, sollozando,
me hallé solo con mi empeño,

y á ti no te he vuelto á ver...
¿Por qué la ilusión de un sueño
se hizo carne de mujer?

VII

Sus frases nunca me hirieron
y siempre me consolaron...
¡Heridas que otras me abrieron
sus propias manos cerraron!

Aun cuando penaba tanto
tan buena conmigo era
que hasta me ocultaba el llanto
para que yo no sufriera.

Con su infinita ternura
mi más intensa amargura
supo siempre consolar...

¡Y qué buena no sería
que al morirse sonreía
para no verme llorar!

VIII

—Qué solo, si yo me muero,
te vas, mi Vida, á quedar!... —
Y aunque olvidar tu voz quiera
nunca la podré olvidar!

Seguir viviendo me aterra...
Es vejez mi juventud...
Más solo estoy en la tierra
que tú en el negro ataúd!

Nadie calma mi agonía
ni nada en la vida espero...
¡Bien tu voz lo presentía

al decirme, al expirar:
—¡Qué solo, si yo me muero,
te vas, mi Vida, á quedar!

IX

Colocaron la mortaja
sobre los viejos sillones,
y alguien entró con la caja
los paños y los blandones.

Al cadáver abrazado
me encontró la luz del día
sobre el tálamo aún mojado
del sudor de su agonía.

Fuí vistiendo, enloquecido
de dolor, su cuerpo yerto...
Todo de espanto callaba...

Y al ponerle aquel vestido
mi cuerpo estaba más muerto
que el cuerpo que amortajaba!

X

Llorando en su alcoba entro,
mas no sé dónde se esconde
que la busco y no la encuentro,
la llamo y no me responde!

¡Escucha, Señor, mis ruegos!
Devuélvele la existencia,
que están ya mis ojos ciegos
de tanto llorar su ausencia!

La llave al féretro echaron,
y en hombros se la llevaron
por esa puerta, á enterrar...

Las gentes se arrodillaban,
y hasta las piedras lloraban
al ver su entierro pasar!

XI

Tus pisadas eran quedas
cual las de una aparición...
Sólo un resbalar de sedas
te anunciaba al corazón.

Yo levantaba los ojos
del libro, para mirar
sonreír tus labios rojos
á mi eterno laborar.

Hoy también, al menor ruido,
creyendo que es tu vestido,
la faz pálida levanto...

Y sólo miro, al reflejo
del quinqué, bañada en llanto
mi imagen en el espejo!

ELEGIAS

I

«Lasciateme morire!...» Lentamente,
con un temblor de silenciosas lágrimas,
el alma de Claudino Monteverde
en el teclado sin cesar lloraba.

Era un plañir ahogado entre las sombras.
Su corazón al corazón, cantaba
la desesperación de lo imposible...
—«¡Su vida se apagó»... No hay esperanza!—

La sonrisa jamás tornará al labio...
¿Para qué sonreír, si ella no baja
para premiar nuestra sonrisa, el negro
terciopelo vivaz de sus pestañas?

Jamás deben abrirse nuestros ojos...
¿Para qué, si hallará nuestra mirada
sólo el perfil de su sillón vacío
en las tristes penumbras de la estancia?

¿Para qué, con un gesto suplicante
se tienden nuestras manos, si no hallan
la suavidad flotante de sus rizos
ni el calor de su piel, sedosa y blanca?

Nunca, nunca, su paso fugitivo
alegrará el silencio de la casa...

Nunca más... Nunca más... Cierra la puerta;
apaga el fuego del hogar, la lámpara;
deshace el blando tálamo que en vano
espera en la tristeza de la cámara
ver florecer los lirios de su cuerpo
en la nupcial blancura de las sábanas.

¿Qué te importa que fuera, en los jardines
se marchiten las rosas deshojadas,
si con ellas, sus manos irreales
no tejerán para tu amor guirnaldas?

Cierra los ojos que no pueden verla,
pliega la boca que no puede hablarla,
y enciérrate, cual ella en su sepulcro,
entre los cuatro muros de esta casa!

Hecha plomo en tu oído. ¿Por qué quieres
oir, si aunque escucharas
lo imperceptible del silencio, nunca
sentirás el rumor de sus palabras?
Muerde tus labios cuando hablar intenten...
Si Ella no te ha de oír ¿para quién hablas?

Tierra negra, maldita tierra hambrienta,
que en silencio devoras y profanas
tantas divinas cosas de su cuerpo
y tantas cosas puras de su alma...
¡Sé tan suave para ella como
fué para ti, lo alado de sus plantas!

«¡Lasciateme morire!»—Llora, Orfeo,
y en vano, en vano correrán tus lágrimas
hasta formar arroyos y henchir mares...
Podrán estremecerse las montañas,
y amansarse las fieras á tus gritos,
y las florestas desgajar sus ramas,
¡pero no esperes nunca que la tierra
te devuelva á quien duerme en sus entrañas!

Nunca más... nunca más!.. Podrá tu llanto
oradar la dureza de la lápida;
podrán tus dientes y tus uñas frías
de su negro ataúd desenterrarla,
¡pero no esperes abrazar su cuerpo,
pero no sueñes con sentir su alma!

Un puñado de polvo solamente
hallarás en el fondo de su caja...
Polvo que pueden aventar tus manos,
y esparcir á los vientos tus sandalias!

—«¡Lasciateme morire!»—lentamente,
con un temblor de silenciosas lágrimas,
el alma de Claudino Monteverde
en el teclado sin cesar lloraba!

II

Yo la cuidaba como á una hija,
la respetaba como á una madre,
era en mis penas piadosa hermana
y en mis placeres dichosa amante.

Aquellos negros ojos de ensueño
que me prestaron sus claridades,
hoy son, cerrados bajo la tierra,
rotos espejos sin una imagen...

¡Oh, blancas manos, finas y pálidas,
que silenciosas me acariciábais...
¡Ya de vosotras nadie se acuerda!
¡Ya con vosotras no sueña nadie!

En cruz unidas sobre su pecho,
bajo la tierra, yertas y exangües,
sois azucenas que se deshojan,
flores de polvo que se deshacen...

Voz de nostalgias, risas y besos,
vuelo de músicas sobre mis cármenes,
¿en dónde rimas hoy la dulzura
de tus consuelos y tus piedades?

¡Oh, blanca sombra, plata de luna
que alumbra trémula mis soledades...
¿si era mi dicha tu único anhelo,
por qué tan pronto me abandonaste?..

¿Dónde un regazo para mi frente,
dónde un olvido para mis males?..

¿Quién oirá el grito de mis dolores
si mis dolores nadie comparte?

Sin tu cariño voy por la vida
como esos ciegos que por las calles
cantando pasan con sus guitarras
sin que sus coplas comprenda nadie!

III

Yo con mis propias manos temblorosas
de un humilde sayal de penitente,
vestí su cuerpo y la cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente,
crucé sus manos pálidas...

...Gemía
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:
—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Murió tu amor en plena primavera
entre luces y cánticos y flores;
y ha muerto cuando era
del rojo sol de Junio á los fulgores,
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano
cruzaba lento y sórdido.

Gemfa
de Schuber la inmortal melancolía
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas
temblaban en el viento, y de la estancia
perfumaba el sopor una fragancia
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera
asomando la faz llena de espanto,
á otros le dijo, con la voz de llanto:
—Mirad la muerta... ¡Qué bonita era!

Todos se fueron.

Sin cesar gemfa
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:
—¡Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

IV

Bajo la tarde azul de Primavera,
entre revuelos de palomas blancas
que sobre el rosa vivo de tu traje
sus fugitivas sombras proyectaban,
por el verde sendero regresábamos
lentos de amar, á nuestra vieja casa.

Los labriegos curvados con sus haces
de hierbas olorosas á la espalda,
para vernos pasar, respetuosos
al borde del camino se apartaban...

—¡El Señor los bendiga! se decían...
Y abandonando sus fragantes cargas...
¡con cuánto amor, quitándose el sombrero,
las *buenas tardes* al cruzar nos daban!

Y al entrar en el pueblo, las vecinas
asomaban su rostro á las ventanas
y sonriendo siempre, nos decían:
—¡Que la Virgen les sirva de compañía!

Y los niños corrían á mirarnos,
y muchas veces con tus manos blancas
agobiadas de anillos, alisaste
alguna cabecita desgreñada!

Hoy sólo y melancólico regreso
recordando tu amor á nuestra casa...

Los campesinos al mirar mi luto
y mis ojeras y mi faz tan pálida:
—Se ha quedado como un desenterrado!—
murmuran entre sí con voz muy baja...
Y su voz llega á mí como un suspiro
que me salpica el corazón de lágrimas...

También rostros curiosos de vecinas
se asoman como ayer á las ventanas...
—Valor! Resignación!—me dicen todas...
Y hasta al verme llegar los niños callan

y suspenden sus juegos, y hasta alguno
parece preguntar con la mirada:
—¿Qué se habrá hecho de la blanca mano
que mis ásperos rizos alisaba?

V

Leve mano de incienso y de nieve
entrevista á través de una reja
una noche de Mayo, soñando
sobre el viejo marfil de las teclas;
leve mano de incienso y de nieve
¿por qué evocas tan dulces cadencias?

Una voz en el aire suspira:
—Cierra al mundo los ojos y sueña...
En la tierra florecen rosales,
en el cielo florecen estrellas...
Por la mística senda de lirios
se aproxima la virgen que esperas...

Viene á darte su beso primero,
de azahares ceñida y envuelta
en el velo sutil que tu mano
rasgó un día, al volver de la iglesia.

A través de los claros cristales
en fragante blancor de azucenas
entrará silenciosa á tu alcoba,
á decirte en un beso:—¡Despierta!

Ya no tengo caricias de carne...
Soy un alma de luz, toda enferma,
que ama sólo las palidas frentes
que á la luz de la lámpara sueñan...

En las horas que cruzas sombrío
como un hosco fantasma, las negras
avenidas de largos cipreses,
y de hinojos postrado en la tierra
á la cruz de una tumba te abrazas,
¿no me has visto llorar de tristeza?

Para mí no hay secretos ni enigmas.
Yo conozco la mágica senda
que conduce al jardín encantado,
donde en una inmortal primavera
resucitan las almas que amaron
y á sus viejos amores esperan.

Cuando apagues tu lámpara, y dejes
tus floridas ventanas abiertas,
yo escalando los blancos rosales
entraré, temblorosa, por ellas,
á envolver en un beso de olvido
el dolor de tu frente que piensa.—>

De repente la voz se ha extinguido
al volver una obscura calleja
de la vieja ciudad. En las sombras
hay puñales desnudos que acechan...

Estoy solo, perdido en la Noche...
Soy un tímido niño que tiembla...

Leve mano de incienso y de nieve
entrevista á través de una reja
una noche de Mayo, soñando
sobre el viejo marfil de las teclas;
leve mano de incienso y de nieve
¿por qué evocas tan dulces cadencias?

VI

Tu nombre es como una
oración.

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

Cada sílaba evoca
una alegre visión...

Una visión que pasa por la vida
como un rayo de sol;
una visión que canta en los recuerdos
igual que un ruiseñor;
una visión que nos perfuma el alma
como un rosal en flor...

Tu nombre es como una
oración...

Es agua viva en medio del desierto,
sombra y frescura en horas de calor...

Tiene el encanto de las viejas músicas
que en nuestro oído la niñez dejó,
guarda el calor de los primeros besos
y el eco débil del postrer adiós...

Tu nombre es como una
oración...

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

VII

Muy lejos de la Vida, volveremos
á vernos, una tarde
melancólica y dulce del Otoño,
cuando turba la calma del paisaje
el eco funeral de las campanas
que por el alma de los muertos tañen.

Volveremos á vernos y, enlazados
mis brazos á tu tallo,
cruzaremos las sendas florecidas,
donde brotan los últimos rosales
que temblando de angustia se deshojan
en la otoñal desolación del parque.

Cruzaremos ciudades misteriosas
de tumbas y cipreses; mudos valles,
donde la voz se extingue sin un eco;
senderos solitarios, donde nadie

dejó su huella... Unidos de las manos,
más allá de la Vida, bajo un sauco
hallaremos la casa abandonada,
con las puertas abiertas, esperándote...

El viejo perro familiar, saltando,
vendrá á lamer tus manos irreales;
y el canario, al oírte, dará al viento,
en la jaula, sus más dulces cantares,
y abierto el pico y con las alas trémulas
se acercará á los hierros, á picarte...

Bajo tus dedos volverán las músicas
á soñar en las teclas de la clave,
y otra vez, á las luces de la lámpara
en las largas veladas otoñales,
mientras tus tristes labios me sonríen,
te cantaré mis versos inmortales.

Cansados de leer, sobre tu falda
el libro abierto aún, en clara tarde,
fundidos mis cabellos y tus trenzas,
veremos á través de los cristales
jugar en el jardín á nuestros hijos
desplumando las alas de algún ángel...

Nuestras almas, unidas en la Vida,
no podrán en la Muerte separarse!...

Yo sueño con la gloria de ese encuentro,
y al cruzar mis eternas soledades,
me recuerda el rumor de tus vestidos
el temblor de la brisa entre los árboles...

Te apoyas en mi brazo; me sonríes
con tu eterna sonrisa inolvidable,
y juntos, regresamos á la casa,
á la luz moribunda de la tarde,
mientras turban la paz esas campanas
que por las almas de los muertos tañen...

VIII

En alas de la brisa silenciosa
perfumada de rosas y azucenas,
en la noche, su voz llega á mi oído
como la luz sonora de una estrella.

Me habla de viejas cosas imposibles,
de amores infinitos y quimeras,
y yo para escucharla atento, apoyo
en las pálidas manos la cabeza,
mientras la débil llama de la lámpara
luchando con la Muerte, brilla trémula.

La voz canta en un sueño de sollozos.
--Cierra los ojos á la luz, y sueña...
Tras el vago paisaje de la vida
hay una sed de amores que te espera...

La sed de amores que llegó á tus brazos
envuelta en la nevada transparencia
de su velo de novia, coronada
de azahar; la divina compañera
que siempre tuvo, para ti, en los labios,
esperanzas, sonrisas y promesas,
la de manos gemelas de los lirios
y las dulces pupilas de gacela...

¡Oh, ven! ¡Oh, ven! Ante mis plantas roto
está el Misterio que la Muerte encierra...
Me perfuman las nubes... La Vía Lactea
en su divina claridad me vela,
y coronan mi sién, en vez de flores,
una guirnalda fúlgida de estrellas.

Dios oficia ayudado por los ángeles;
levanta el cáliz... Bendecir espera
á los amantes que en la misma muerte
sus juramentos y su amor renuevan...

¡Señor, Señor, te pido desde el Cielo
lo mismo que mi amor desde la Tierra!—

Y la voz silenciosa se ha extinguido
como un perfume, y en la paz inmensa
de la Noche profunda, sólo escucho
los trémulos latidos de mis venas.

LA ELEGIA DE LAS CAMPANAS

I

A través de las callejas la tormenta brama y muge,
chilla, aulla, clama y ruga,
cual un monstruo que tuviese la voz múltiple del mar.

El vetusto maderamen á su empuje
choca y cruje;
y los muros
mal seguros
ceden, tiemblan, se estremecen,
y parecen
que se van á desplomar.

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,
que se entrega dando tumbos á merced del huracán,
mientras tristes, somnolientas y lejanas,
en los negros campanarios doblan lentas las campanas
por aquellos que se fueron y que nunca volverán.

II

¿Qué ruido me despierta?
¿Qué rodilla saltar hizo los herrajes de mi puerta?
¿Y qué viento de pavor

con su brusco soplo helado
la luz tímida y medrosa de mi lámpara ha apagado,
erizando mis cabellos y mi carne de terror?

¿Quién se acerca hasta mi lecho, y qué olor á sepultura
ha invadido la negrura
de mi pobre habitación?

¿Que voz trágica me nombra,
y la mano de qué sombra
estrangula mi garganta y me oprime el corazón?

¿Es, quizás, un asesino
que al mirar desde el camino
el reflejo de mi lámpara destellando en el cristal,

forza el hierro de la puerta,
se desliza cauteloso por la sombra y me despierta
apoyando sobre el pecho la frialdad de su puñal?

¿Es un súcubo que avanza, paso á paso, cauteloso,
se introduce entre mis ropas y perturba mi reposo,
oprimiéndome en sus brazos, anhelante de sorber

hasta el último latido de la sangre de mi vida?
¿O es el alma impenitente de algún trágico suicida
que en la noche el aposento de su crimen, vuelve á ver?

Un sopor de fiebre el ímpetu de mis nervios paraliza,
algo tibio y pegajoso por mi cuerpo se desliza
como sangre que manase de una herida sin cesar.

En un mar de negras sombras aterrada el alma gime...
Siento un peso que me ahoga y una mano que me oprime
con tal fuerza la garganta que no puedo respirar.

III

¿De quién son esas pupilas cuya intensa luz me pasma,
que se acercan y se alejan, cual los ojos de un fantasma
que volase con las alas extendidas sobre mí?

Y mi cuerpo se contrae, se retuerce enfurecido,
como ciervo por los dientes de los perros perseguido
que con ímpetu furioso corre ciego hasta morir!

Y es tan hondo mi quebranto y tan viva mi amargura
que parece que mis huesos romper quieren su envoltura
y la sangre de mis venas va en un vértigo á estallar!

Y me siento de repente tan inmóvil, tan helado,
cual cadáver bajo el hielo de la tierra sepultado,
como un muerto que flotase, á la luna, sobre el mar.

Mas de pronto, como al eco de una voz pura y divina
se disipa el maleficio, y mi alcoba se ilumina
de una vaga claridad.

Y de luz toda vestida, hasta mf llega ligera
la perdida compañera
que en los tiempos más felices alegró mi soledad...

La visión pura y radiosa
que duró lo que una rosa;
y al morir entre mis brazos para siempre me dejó
un perfume de ternura,
tan intenso y tan suave que aun impregna de frescura
mi doliente corazón!

IV

¿A qué vienes á estas horas ¡Oh, visión siempre esperada!
si es más triste y pavorosa la quietud de mi morada
que la paz de tu ataúd;

si mi brazo está tan débil que no puede sostenerte,
si á la misma sepultura, en el día de tu muerte
con tu cuerpo se llevaron á enterrar mi juventud?

Yo fui joven á tu lado; en tus brazos yo fui bueno;
¡y anhelaba tantas glorias inmortales en tu seno!...
En tu ánfora, al sediento, le brindaste qué beber...

Y hoy estoy tan abatido...
¡Desde el día de tu muerte de tal modo he envejecido,
que si vuelves á mirarme no me vas á conocer!

Sólo en ti piensa mi alma, en lo largo de esta ausencia,
en lo helado de tu tumba, cual si toda mi existencia
á tu lado, bajo tierra, se pudriese en tu ataúd...

Y mis tristes pensamientos, son cipreses arraigados
en un viejo cementerio, hasta el cielo levantados,
cual si en él buscar quisieran un consuelo á su inquietud!

V

¡Oh, mi eterna compañera! Ave errante, ¿dónde has ido?
Al mirar lo que tardabas mi dolor deshizo el nido,
y hoy te espero á la ventura sin saber por dónde iré...

Y yo sé que espero en vano...
Ya no hay mano que sostenga la tristeza de mi mano,
ni hay un palmo de terreno que pisar pueda mi piel

Todo, todo se ha deshecho. Todo, todo se ha perdido
con tu sombra en las tinieblas pavorosas del olvido...
Fué un relámpago la dicha, y tornó la obscuridad...

Y de nuevo el pasajero,
con los pies ensangrentados, á la vuelta del sendero
se detiene condolido de su propia soledad...

¿Por qué dura su perfume, si agostada está la rosa?
Tú en el polvo de la fosa
estás muerta para todos, pero vives para mí!

Y yo vivo para el mundo,
pero oculto en el sepulcro del misterio más profundo,
estoy muerto para ti!

VI

Como nadie ya me quiere,
no hay sonrisa que me espere
en las puertas del hogar...

Ten piedad del ave herida
que atraviesa desangrándose y sin fuerzas, por la vida
sin saber en qué desierto ó en qué nido ha de expirar

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,
que se entrega, dando tumbos, á merced del huracán,

mientras tristes, somnolientas y lejanas,
en los negros campanarios doblan lentas las campanas
por aquellos que se fueron y que nunca volverán!

EL HOGAR VACÍO .

Á MI HERMANA LEONOR

I

Mes de los Muertos! Lentas
sollozan las campanas...
Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana...

Mes de los Muertos! Nadie
en la desierta casa
viene á rezar conmigo...

Una tumba es mi alma,
sin flores, en un viejo
cementerio olvidada...

Recuerdo: Ella, ante un Cristo
de rodillas rezaba
por todos los que duermen
bajo la tierra santa.

Yo á su lado leía
á la luz de la lámpara..
De súbito, mirándome,
me dijo con voz baja:
—¿Quién cuando yo me muera
rezará por mi alma?

¡Qué triste está su tumba,
que sola y que lejana!..
No habrá sobre ella flores,
ni una cruz, ni una lápida!

Rezemos, sí, rezemos...
Rezar es recordarla,
y en mis labios su nombre
es la mejor plegaria!..

Mes de los Muertos! Lentas
sollozan las campanas.
Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana!

II

Silencio! La lámpara,
con su luz tan tenue,
á escribir invita
versos á la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelvel

¿Estuvo en mis brazos
ó fué solamente
un sueño que apenas
soñado se pierde?

Sólo sé que á ella
mi vida le debe
las únicas horas
tranquilas y alegres.

Y que una mañana
de sol refulgente
—realidad ó ensueño—
se fué para siempre!

Amor y riqueza,
gloriosos laureles...
Juventud, sin ella
¿para qué los quieres?

Las horas son siglos...
Su ausencia me tiene
viviendo sin vida,
muriendo sin muerte.

Y no sé si es Ella
ó soy yo, quien duerme
en la tierra santa
bajo los cipreses!...

Silencio!... La lámpara,
con su luz tan tenue,
á escribir invita
versos á la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelve!

III

En los labios besos,
en los ojos lágrimas...

Su cariño era
claridad; fragancia;
sus manos dos lirios
en flor; sus palabras
dulces ruiseñores
de Abril que alegraban
con su voz el triste
jardín de mi alma...

Fué su vida un sueño
que disipa el alba...

Su amante recuerdo
se va en la distancia

borrando, fundido
con otras amadas
memorias perdidas
de cosas lejanas...

Y ya es tan confuso
que no sabe el alma
si ha sido mi esposa,
mi madre ó mi hermana...

•